

eso, no querría hablarte de estas cosas. Pero tú me has preguntado y yo te he respondido. Y cuando te lo he contado, lo he sentido todo otra vez.

## XXI

Al final, el viejo que me metió en aquel sitio lo entendió: «Este chico no tiene a nadie que ponga dinero». Entonces me sacó de aquel campo, me metió otra vez en su *pick-up* y me llevó a un sitio que yo no conocía de nada. Era un callejón oscuro.

Vino otro viejo, un viejo nuevo. Los dos viejos hablaron delante de mí pero yo no entendía nada. El árabe es un idioma difícil, sobre todo el de los viejos, porque lo hablan muy rápido.

El viejo nuevo se me quedó mirando mucho tiempo, me clavaba los ojos en el cuerpo, de arriba abajo, de abajo arriba. Una y otra vez. No me preguntó nada, solo me miró. Y yo estaba asustado, porque los dos llevaban fusil. No sabía si iban a matarme o qué, no entendía nada de lo que estaban haciendo. El viejo nuevo me miraba una y otra vez.

Al final apartó los ojos y empezó a sacar dinero, algunos billetes. Los contó uno a uno y se los dio al viejo. Trescientos dinares libios. Yo también los conté con los ojos. *Au total*, trescientos. Y comprendí: «Este callejón

es el mercado, y trescientos dinares, mi precio». Sí, me vendieron como a una cabra.

El primer viejo se metió los billetes bajo la *guba*, arrancó el coche y se fue. Así, sin más. No me dijo ni adiós.

## XXII

Cuando digo viejo, no sé cuántos años son. Más o menos sesenta o setenta, pero no te lo puedo decir seguro, no distingo bien esas edades. En Guinea es muy difícil conocer a un viejo tan viejo. Pero te diré que el viejo que me compró era más viejo que el que me vendió, y también tenía una barba más larga.

Su coche era parecido, un *quatre-quatre*. Me senté detrás. No recuerdo de qué hablamos, aquel viejo sabía un poco de francés, pero yo no tenía ganas de hablar. Era de noche y el mundo estaba oscuro. No sabía adónde íbamos. Si se lo hubiera preguntado, quizá me lo habría dicho, pero no se lo pregunté.

Recuerdo que paramos ante una gran puerta de hierro. La cruzamos y llegamos a una casa muy grande. Tenía paredes metálicas, era un hangar. Un hangar lleno de gallinas, y las gallinas no callaban. El viejo se acercó a unos pesebres y las gallinas lo siguieron, cientos de gallinas. Todas locas. Les echó la comida al suelo y las gallinas empezaron a picotear.

Luego se me acercó y me dijo: «¿Lo ves?». «Sí». «Ese es tu trabajo, dar de comer a las gallinas dos veces al día». Eran como unos guisantes pequeños, amarillos, cómo se dice... *du maïs, voilà*. Maíz. «Luego recoges los huevos y los metes en las cajas de cartón». «Oke».

Me dijo que vendría todas las noches a recoger los cartones de huevos y a darme de comer. «Si no vengo, comes maíz, ¿oke?». «Oke». «Hasta mañana», me dijo. «Hasta mañana». Y me quedé allí, en aquel hangar enorme, entre cientos de gallinas.

Comer con gallinas, dormir con gallinas, todo el día con gallinas. También me ha tocado hacer eso.

Me despertaba muy temprano por las mañanas, allí no era fácil dormir. Las gallinas empezaban a cantar y yo me acordaba de Alhassane. Entonces me levantaba, revolvía el maíz, lo iba lanzando al suelo con una taza y llamaba a las gallinas, *kotz-kotz-kotz*.

Luego iba a recoger los huevos. Unas veces llenaba treinta y cinco cartones, otras veces cuarenta. Al anochecer venía el viejo. Me traía galletas, pan y zumo. Le decía «*merci*». Hablábamos un poco y se marchaba. Cerraba la puerta siempre con dos vueltas, clac-clac.

Al día siguiente lo mismo: *kotz-kotz-kotz*, recoger los huevos, llenar los cartones, tumbarme, levantarme, *kotz-kotz-kotz*... Esa era mi táctica: «Voy a hacer todo

lo que me manda el viejo, quizá así su espíritu empiece a cambiar, tomará conciencia de que soy una persona y me ayudará». Pero muchas veces piensas algo y luego no se cumple.

### XXIII X

Pasé nueve días allí. Yo y las gallinas, cientos de gallinas. Todas locas. A veces pasaba el día entero sin comer. El viejo aparecía en plena noche y me daba un poco de pan, *kotz-kotz-kotz*. Me preguntaba si se había muerto alguna gallina y yo le respondía: «No, *tout est en ordre*». «Oke». Y se marchaba. Siempre cerraba la puerta con dos vueltas, clac-clac.

En el décimo día, apareció al anochecer. Me trajo galletas, un poco de agua, y se puso a contar los cartones: «Uno, dos, tres, cuatro...». No sé cuántos contó, pero le sonó el teléfono. Recuerdo que las gallinas se alborotaron. El viejo empezó a gritar: «¿Aló?, ¿aló?, ¿aló?». Dijo «¿aló?» tres veces y se marchó corriendo. Arrancó la moto y salió a toda velocidad.

Se le olvidó cerrar la puerta. No hizo dos veces clac.

Enseguida me di cuenta, pero esperé un rato. Veinte

minutos, treinta, cuarenta, no sé cuánto, hasta que reuní confianza. Al final, vi que el viejo no volvía y me escapé corriendo.

Vi unos árboles, un pequeño bosque, y después una duna de arena. Desde allí arriba veía las luces de una ciudad. «Zawiya», pensé, «bajaré allí, al *tranquilo* de Baba Hasán», y eché a correr, *yallah, yallah*.

Cuando entré al *tranquilo*, giré los ojos por primera vez y pensé: «El viejo se ha quedado atrás pero el miedo no».

Desde aquella noche vivo así, asustado, con miedo de cruzarme con el viejo. Porque sé que si me encuentro con él me eliminará. Taf. Y se acabó. No dudará. Ese miedo vive conmigo, a veces me sale incluso cuando estoy durmiendo. Veo al viejo, al viejo y a sus gallinas, cientos de gallinas. Todas locas. Y él, otro loco.